

LOS MALESTARES DEL FEMINISMO LATINOAMERICANO: UNA NUEVA LECTURA

Maruja Barrig
Tiempos Modernos Consultores

Prepared for delivery at the 1998 meeting of the Latin American Studies Association, The Palmer House Hilton Hotel, Chicago, Illinois, September 24-26, 1998

LOS MALESTARES DEL FEMINISMO LATINOAMERICANO: UNA NUEVA LECTURA ¹

Por Maruja Barrig
Tiempos Modernos Consultores

Reconocer la diversidad de situaciones económicas y sociales, pero sobre todo políticas que se guarecen bajo el paraguas del término “Latinoamérica” puede ser una verdad de *perogrullo*. ¿La cultura política que emergió entre los vecinos del Cono Sur después de largos años de dictaduras cruentas (que la memoria oficial se obstina en borrar), tiene semejanzas con la esperanza generada por los procesos de paz instalados en algunos países centroamericanos? ¿Cómo se reconstituye la credibilidad de las instituciones en Paraguay después de tres décadas de gobierno militar y cuántas expectativas tienen los campesinos del Movimiento de los Sin Tierra brasileño en la democracia? ¿Cuánta similitud encontramos entre las reacciones de las gentes ante la violencia de las guerrillas y los paramilitares en Colombia y aquéllos que vivieron más de una década en el Perú atemorizados por el terrorismo de Sendero Luminoso?

Vitalidad- o no- del movimiento social, representatividad- o no- del sistema y de los partidos políticos, por poner sólo un par de temas, podrían ser ejes de un impreciso ejercicio de comparaciones. Aventurarse entonces a identificar tendencias políticas latinoamericanas en la época actual es una empresa arriesgada, y más aún si se trata de ensayar aproximaciones prescriptivas. En el caso del movimiento de mujeres, sin embargo, un conjunto de situaciones comunes dotaría al ejercicio con algo más de certezas. En primer lugar, desde 1981 se han realizado siete Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe que, pese a las asperezas de sus debates, han permitido el reconocimiento de algunos problemas e inquietudes comunes. Por otro lado, aunque con algunas excepciones, los grupos de activistas feministas encontraron en la conformación de Organizaciones No Gubernamentales un canal institucionalizado de actuación en la década pasada. En tercer lugar, la extensión de la pobreza y la respuesta de los gobiernos y de algunas agencias de cooperación internacional suelen reemplazar la lógica de la ciudadana por la de la *necesitada*: populares programas de alivio a precarias condiciones de vida encuentran en las mujeres de la ciudad y el campo una disponibilidad para organizarse y ejecutar obras de diverso tipo. Finalmente, desde inicios de 1990, las estructuras burocráticas de los países de la región exhiben instancias especializadas para atender lo que genéricamente se conoce como “asuntos de la mujer”.

Sobre esa base de rasgos comunes, hace algunos años me fue posible identificar tendencias en el movimiento de mujeres latinoamericanas: un movimiento pendular que, desde las feministas profesionales, comenzaba a priorizar el impacto en las políticas públicas y en el cambio de procedimientos normativos en la búsqueda de la igualdad de las mujeres, con reducido interés en seguir activando entre grupos femeninos más amplios (empobrecidos) de la población. A esto se agregaba un proceso de individuación de liderazgos de las mujeres, de organizaciones de base y/o de ONGs feministas, fenómeno que emergía causando no pocos celos, competencias y resquemores. Una acentuada tendencia a incentivar la participación política de las mujeres a partir de la incorporación de la demanda por “cuotas” en las elecciones de

representantes y de un mayor interés por el acceso de las líderes sociales a los gobiernos municipales tomaba cuerpo en las demandas de las feministas. Por último, la en ese entonces tibia comprobación de la diversidad entre mujeres en una región signada por el multiculturalismo, colocaba nuevos temas en las agendas.²

En los últimos cuatro años, algunos de los componentes de estas tendencias se han profundizado y otros, como el de la pluriculturalidad y las diferencias entre mujeres lamentablemente se han diluido. En el contexto de la preparación de la IV Conferencia Mundial de la Mujer (Beijing 1995) se evidenciaron islotes de descontento entre las feministas involucradas, que ya habían surgido en el VI Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe realizado en El Salvador en 1993, y que eclosionaron en el siguiente Encuentro (Chile 1996) con una virulencia inédita en la percepción de la historiadora Marysa Navarro, testigo de excepción de este espacio de confluencia entre las feministas de la región que se renueva desde 1981.

Cinco años de “desencuentros” parece mucho tiempo. Las grietas abiertas entre las diversas posiciones críticas a las estrategias, los contenidos, la vigencia del pensamiento feminista en América Latina lucen más profundas que las surgidas entre las militantes de partidos y las feministas (no militantes), y entre las feministas (radicales) y las “populáricas” en los debates al interior de los Encuentros de estos 17 años. Con el riesgo de ser reiterativa de otros esfuerzos de análisis respecto de los derroteros actuales del movimiento feminista latinoamericano (y, posiblemente, aventurándome a mimetizarme con varias de las percepciones ya escritas)³ en las siguientes páginas se intenta un recorrido por los *malestares* de las feministas alrededor de temas que no pueden eludir el margen de riesgo analítico enunciado en las primeras líneas de este artículo: el contexto político y social en el cual estas dudas e incertidumbres se plantean. Si debiera resumirlos, estos malestares se enraciman alrededor de la identidad del feminismo, de las ONGs de mujeres y de su relación con los Estados, principalmente con las maquinarias estatales creadas para atender los asuntos de la mujer.

Hace dos décadas, las voces de las feministas se agruparon bajo el manto de la institucionalidad de las ONGs en Brasil, Chile y en Bolivia porque, entre otras razones, eran casi nulos los espacios de acción cívica en el marco de las dictaduras militares, mientras que el *continuo* institucional de Colombia- a pesar de la violencia armada- fue uno de los factores, entre varios, que no alentó la transformación de los grupos voluntarios de activistas en organizaciones no gubernamentales. Una de las ONGs feministas más importantes del Perú se organizó hace veinte años como una iniciativa para mantener una estrategia de acción dirigida a los sectores populares, desde un grupo de ex -militantes de izquierda cansadas por la marginación que sufrían en su partido, al igual que varias de las ONGs centroamericanas albergan a mujeres simpatizantes o “desmovilizadas” de la guerrilla, pero firmes en su compromiso de incidir en una mejoría en las condiciones de vida de la población femenina. ¿Por qué entonces ahora sorprendernos por la “onginización” del feminismo? Parecería que lo que está en la base del debate actual no son los canales de expresión adoptados por el feminismo latinoamericano sino una reflexión inacabada sobre la identidad de las (militantes) feministas dentro de un centro (laboral) de mujeres, y la forma como se han ido resistiendo o entregando al sentido común que se pretende imponer en la región que equipara la lógica del mercado a la sobrevivencia de la democracia.

Este tipo de discusión – y de desconcierto- aparece en un momento de decaimiento de la protesta social en varios de nuestros países- que alienta la añoranza por la agitación y el activismo en las calles -, y que coincide con una creciente demanda por los servicios “especializados” que las feministas pueden ofrecer a las agencias de cooperación y a las instancias públicas. Demanda que, no está de más subrayarlo, fue generada por el propio movimiento feminista en los foros internacionales y en los espacios locales, al denunciar la invisibilización de las mujeres en los arreglos políticos y en las políticas públicas y elaborar larguísimos listados de reclamos sectoriales, desde y para las mujeres, que debían ser atendidos. Y este es parte de otro malestar producto de una discusión inconclusa respecto a cuál es el espacio de resolución de esas demandas y bajo qué condiciones se discute la resolución de una “plataforma de las mujeres” con el Estado, sin perder de vista una (por ahora, inacabada) agenda política feminista. A menos que se crea, como planteó hace unos años una “femócrata” argentina, que el Estado pueda ser capaz de ser “feminista”.

Finalmente, como “todo es relativo”, en este artículo se intentarán contrastar las experiencias de creación de instancias estatales (ministerios, institutos, oficinas de la Mujer) respecto del movimiento de mujeres y feminista en algunos países de la región, tratando de sugerir pautas que rescaten aproximaciones más afinadas para comprender las tensiones que surgen en esa relación.

Las siguientes páginas, entonces, deben ser leídas más como notas para una reflexión antes que propuestas de interpretación acabadas, sin otra pretensión que la de recolocar el debate en términos más flexibles que nos aparten de las posiciones irreconciliables en las que se suele caer en los últimos tiempos. Y con el riesgo implícito de ser a la vez una observadora externa pero también parte de un colectivo.

LA “ONGINIZACION” ¿NUEVO FLAGELO DEL FEMINISMO?

En América del Sur las organizaciones no gubernamentales crecieron y se multiplicaron en la década de 1970. En varios de los países sudamericanos surgieron en el marco de dictaduras militares; en algunos como una estrategia laboral para los profesionales de las capas medias; en todos ellos como un reducto para expresar el compromiso social de una generación con sus respectivas colectividades nacionales.

Las mujeres latinoamericanas no escaparon a este extendido patrón de asociación al cual en numerosos casos imprimieron sus convicciones feministas. Sin duda, si se tratara de buscar la “institucionalidad” del feminismo en esta región ésta se expresaría principalmente a través de las organizaciones no gubernamentales y las mujeres que las integraron estuvieron entre las voces más articuladas y constantes en la difusión y activismo de las ideas feministas. Lo que Heilborn & Arruda denominan la “profesionalización de la causa feminista”⁴ fue una de las formas como el feminismo se manifestó en esta parte del continente. Fue un camino propio y es un hecho verificable que forma parte de la historia, pero su reconocimiento en los días que corren parecería llevar implícito un juicio (negativo) de valor y una descalificación de esta experiencia, en contraste con otras que surgieron en otras latitudes y en otros contextos.

En los años 70' y 80', en algunos países de América del Sur las feministas mantuvieron una compacta desconfianza hacia el Estado invadido por gobiernos dictatoriales; apoyaron desde sus ONGs, con asesoría y capacitación, a grupos de mujeres (sindicatos, pobladoras) y se involucraron, con diversos matices, en la protesta nacional que exigía una ampliación de los espacios de participación ciudadana. En ese tiempo, muchas veces se intentó, con escaso éxito, un traslado automático de los grandes "temas" feministas (maternidad libre, sexualidad no controlada) y con las mismas metodologías de los grupos de "auto-conciencia", a las mujeres de los barrios populares. Así como en tantas otras ocasiones se logró, mediante la movilización y la penetración en los medios de comunicación, un cierto impacto en una audiencia interesada y curiosa por los "derechos de las mujeres".

Uno de los problemas advertidos por Sonia Alvarez (1998^a)⁵ y otras autoras respecto de las ONGs feministas fue la "identidad híbrida" de estas organizaciones, que eran al mismo tiempo centros de trabajo y espacios de "movimiento". En este segundo sesgo, en la década pasada, el énfasis estuvo puesto en la exacerbación de la identidad feminista, en la espontaneidad reactiva y en la tensión permanente entre los estilos organizativos de un centro laboral y la horizontalidad del movimiento. En muchos de estos centros feministas ocurrió un suave deslizamiento hacia una imagen auto-complaciente del "militante rentado"- aquél que recibe un salario por su activismo desde un compromiso ideológico- y que soslayó inintencionalmente a otras feministas de otros espacios laborales. En contraste con estas otras, en un ritmo acompasado por su doble condición de trabajadora/militante, las mujeres de las ONGs feministas fueron acumulando un mayor conocimiento de la teoría y la práctica del feminismo, vínculos fluidos con las redes temáticas que iban surgiendo en América Latina y perfiles institucionales más nítidos que facilitaron su interlocución con agentes externos.

Pero en el jardín del movimiento, los senderos comenzaron a bifurcarse. Los procesos de transición democrática y la modernización de los Estados, el decaimiento de la protesta social y el inicial deslumbramiento frente a una flexibilidad de los aparatos burocráticos y políticos para acoger propuestas de la sociedad, alentaron un proceso de reflexión en el mundo no gubernamental de varios países sudamericanos sobre su identidad, ya no como intermediarios y subordinados a los ritmos y demandas de una base social que habían pretendido "representar", sino como actores sociales en sí mismos, con capacidad propositiva ante los problemas nacionales y con una experiencia acumulada en lo "micro", para ofrecer pautas de ejecución de proyectos ampliamente denominados *de Desarrollo*.

Los centros feministas/ de mujeres no fueron ajenos a esta reflexión y a este punto de inflexión en su historia, signados por varios factores externos (modificación en las políticas de asignación de recursos de las agencias de cooperación internacionales y/o transformación de sus prioridades sociales; cambios en los escenarios políticos y económicos de la región, nuevas y diversas formas de articulación con el Estado; una demanda en crecimiento para la asesoría y los servicios especializados de parte de los gobiernos y agencias internacionales) e internos (reconversión de su misión y objetivos institucionales; despoblamiento de sus cuadros profesionales, poco empeño en el recambio generacional de sus integrantes, entre otros). La denuncia y el discurso inflamado eran insuficientes, en los 90's había que saber responder al reto del "cómo hacerlo".

En los 90's las ONGs de mujeres y/o feministas comenzaron a ser lo que siempre fueron: un centro de trabajo. Fue necesario contar con instrumentos que permitieran

rendir cuentas, a la sociedad y a las agencias donantes, de resultados tangibles, de procesos de planificación de actividades, de normas laborales internas en las organizaciones y, ciertamente, del perfilamiento de estructuras jerárquicas en su interior. Los cambios en las políticas de las Agencias de Cooperación tuvieron también un efecto en la cultura institucional de estas organizaciones pues, para varias de ellas, junto con la “virtud” del activismo militante de las ONGs latinoamericanas se esperaba también un impacto en políticas públicas, y en resultados concretos a mediano plazo. Y esta nueva racionalidad introducida desde el exterior en la dinámica institucional confluyó con otra, quizá menos articulada pero igualmente poderosa: la de las destinatarias de las acciones de las ONGs que en el caso de las organizaciones populares de mujeres en el Perú, por ejemplo, esperaban de sus “asesoras” externas propuestas tangibles con las cuales negociar en su alcaldía distrital o con el médico del centro de salud de su barrio o con la Comisión del Presupuesto de la República en el Congreso, donde cada año cabildan con los congresistas la partida presupuestal de la donación de alimentos para sus comedores comunales.

Estos procesos supusieron un cambio de identidad, no sólo en las ONGs feministas y de mujeres, y no siempre fácil. Pese a los años transcurridos de la “transición” democrática, en las organizaciones no gubernamentales chilenas por ejemplo, se advierten aún problemas derivados de su capacidad de adaptación a dos distintos escenarios políticos: mientras en el contexto de la dictadura cumplieron un rol reconocido en el compactamiento del tejido social, desde el período de transición a la fecha parecerían haber desperfilado ese papel, gravitando más en algunas de ellas la incidencia en las políticas públicas. La especificidad del feminismo en Chile estuvo también signada por los largos años de dictadura y las diversas manifestaciones de resistencia civil, en la que jugaron un rol activo. Como recordó una persona entrevistada (Barrig, 1997^a), *el movimiento de mujeres en Chile fue un movimiento anti-dictadura y cuando la dictadura se acabó, nos quedamos sin estrategia. Y ahí estaba el desafío. En general, las ONGs, no tienen capacidad para renovarse y modificar su discurso, para reconstruir la legitimidad política que ganaron durante la dictadura.*

A la luz de las realidades de las ONGs feministas/de mujeres en los países de la sub-región andina, por ejemplo, el dilema no parecería estar planteado en los términos de asesoras, técnicas y expertas que ofrecen servicios especializados Versus profesionales comprometidas con el bienestar de las mujeres populares, pues ambas líneas de actividad pueden coexistir - y aparecen - en los compromisos laborales adquiridos a partir de acuerdos contractuales con las agencias de cooperación y otros organismos privados y públicos. En los tres países, feministas individuales, líderes políticas y de organizaciones sociales integran colectivos- “ no onginizados”- signados por las preocupaciones que emanan de sus particulares contextos. En esta década en Bolivia se constituyó el Foro de Mujeres Políticas; la Coordinadora Política de la Mujer Ecuatoriana activa desde Quito con el objetivo de influir en políticas públicas y también se organizó el Movimiento Feminista Autónomo del Ecuador; en el Perú se formó el Movimiento Amplio de Mujeres (1996) desde una posición claramente feminista, que a su vez integra el colectivo de Mujeres por la Democracia (1997), espacio cuyo eje es la defensa de la institucionalidad democrática en el país y la vigencia del Estado de Derecho, en el cual confluyen militantes partidarias, feministas, organizaciones de base y mujeres de las comunidades cristianas. Lo que se intenta sugerir es que en los países de la sub-región, la profesionalización de las ONGs de mujeres/ feministas parecería

acompañarse, saludablemente, por la búsqueda de otros cauces organizativos desde el cual se expresan posiciones feministas.

El tenso debate actual sobre las ONGs feministas podría estar surgiendo, entre otras, por dos situaciones, ambas caras de una misma moneda. Una primera se refiere a la continuidad de la equívoca mimesis de “centro de trabajo/ espacio para la militancia” por la cual, el primero, es juzgado a la luz de los compromisos colectivos e individuales que se esperan del segundo. Esta implacable lógica valorativa- que no resistiría análisis si se trasladara a otros espacios laborales e incluso a las ONGs “mixtas”- parecería derivarse de la concentración de militantes feministas en las ongs, de los rezagos de la identidad “híbrida” ya mencionada, pero sobre todo de la escasa visibilización del feminismo de los 90’s en tanto conciencia crítica a la gruesa urdimbre que mantiene la discriminación de las mujeres, aquello que *“even Fidel can’t change”*⁶. Algunas feministas latinoamericanas, que trabajan en ONGs, tienen ciertamente una dosis de responsabilidad en no haber revitalizado sus compromisos militantes alrededor de temas que no necesariamente son susceptibles de incorporarse al “plan de trabajo” de su centro laboral. Pero expreso mis dudas preliminares sobre si el eje del debate es la corporeidad del feminismo latinoamericano “onginizado” y “vendido” al patriarcado, pues esto nos colocaría en el callejón sin salida de negar la historia, especular sobre un pasado idealizado (libre de ONGs feministas) y deshacer a futuro estas organizaciones para librarnos de todo mal.

La segunda situación, otra causa del encono respecto de las ONGs, podría graficarse en aquello advertido con preocupación por algunas feministas chilenas y peruanas, no así por las colombianas: cuánto de la parálisis de las mujeres que trabajan en ONGs para mantener activa la utopía feminista se deriva de los compromisos contractuales de estas organizaciones con diversas instancias gubernamentales y de agencias multilaterales, y cuyos vínculos- en muchos casos- aseguran su sobrevivencia económica. Mientras en Colombia las feministas que participan en diversos espacios de concertación con el Estado perciben que no arriesgan su autonomía de pensamiento y acción por su colaboración en estos espacios, no parece suceder lo mismo en Chile, por ejemplo. En efecto, las voces críticas a lo que se considera una “estrecha dependencia” de algunas ONGs de mujeres respecto del SERNAM (Servicio Nacional de la Mujer) no establecen diferencias entre la relación contractual con esa dependencia pública y el nivel de interlocución política con la misma. Parecería que es al nivel de la interlocución política donde surgen los problemas, por la auto-censura. Como señaló una feminista entrevistada: *este espacio (el de la interlocución política) es el que menos se toma en cuenta pero ahí existe el riesgo de la auto-censura, porque el gobierno no va a entrar en consultorías con instituciones o personas que presionen con temas fuera de la agenda oficial o que sobrepasen los umbrales de la aceptabilidad para ellos* (Barrig, 1997 a; b).

Estas dos caras parecen pertenecer a la “moneda falsa” que circula en nuestros días en la región: una cara que ha devaluado la democracia al punto de convertirla en un simple ejercicio electoral y le niega su dimensión participativa, que enriquezca los actos de gobierno con las voces articuladas desde la sociedad. Y, del otro lado, aquella otra enquistada práctica prebendalista del sistema político que suele transformar en clientes a los ciudadanos. Estos y seguramente muchos otros aspectos podrían ayudarnos a contextualizar mejor este agriado debate sobre las ONGs feministas/de mujeres y sus desafíos.

LAS CALLES SON “DEL PUEBLO” Y LAS NNUU. ¿DE QUIEN?

Las primeras expresiones del feminismo- sus discursos balbucientes, su inconformismo a flor de piel- aparecieron agresivos y radicales en la década de 1970, en la medida que cuestionaban aquello que se consideraba seguro, intocado, privado a los ojos ajenos: la intimidad entre un hombre y una mujer. Los tejidos intrincados de la "apacible" vida doméstica, los roles definidos- y pensados- permanentes, la sexualidad sumisa, todo esto y más comenzó a ponerse en cuestión y era ciertamente, subversivo y radical.

El feminismo latinoamericano de los 70's fue urbano, clasemediero e instruido, y actuó como una vanguardia que pretendía cambiar el sentido común de las gentes, con un fuerte contenido cultural. Pero fue también un feminismo que se alimentó de las canteras de la izquierda, orígenes que se mantuvieron o se diluyeron aunque sin desaparecer del todo, en la búsqueda de la autonomía organizativa. En varios de nuestros países, las feministas confluyeron con los movimientos ciudadanos en las calles y bajo el difundido *slogan* de “Las calles son del pueblo y no de la dictadura” (con la variante de “y no de la burguesía”), y luego nutrieron a sus propias movilizaciones- estructuradas también como un desfile de izquierda, con sus “escalones”o “destacamentos”-, aunque con sus nuevos símbolos: banderolas (lilas) y flores. Con matices, en los países de la región hoy se registran cambios de actitud respecto de la mujer y sus "temas", sobre todo entre la gente de las ciudades y en especial, entre las mujeres jóvenes; el feminismo ha sido, si bien no el único, sí un factor importantísimo en estas transformaciones.

Veinte años después de las iniciales movilizaciones de esta "segunda ola" del feminismo, desde el Papa hasta los presidentes de las naciones latinoamericanas reconocen verbalmente la importancia de los derechos de las mujeres, y hasta el Banco Mundial apela a invertir en ellas, desde una visión funcional y eficientista, con el argumento de superar la condición de la mujer para aportar al Desarrollo. ¿Cuán subversivo puede ser ahora un discurso sobre las mujeres? El impacto inicial y agitativo del feminismo se ha diluido, permeando algunas conciencias, aunque perdure aún –y no tenga lugar- una nostalgia por "las movilizaciones callejeras" y por el escándalo que se creaba, veinte años atrás, por las manifestaciones de las feministas: el mensaje fue decodificado, el discurso engullido- aunque sin sus aristas más incómodas- y los “grandes temas”, olvidados o en el mejor de los casos, tecnificados.

En un sugestivo ensayo, Alvarez (1998b) señala que, aquello que conocíamos como “movimiento” feminista hoy debe ser rastreado en diversos campos discursivos de actuación, amplio, descentralizado, heterogéneo, alejándose de los patrones clásicos de los movimientos sociales. Y es justamente esta famosa- y bienvenida- diversidad aquello que ha terminado por complejizar el debate y entrapar los acuerdos, poniendo incluso en cuestión la viabilidad de la representación ⁷. Pero esta “nostalgia por el escándalo”, un segundo *malestar* feminista, recubre en realidad la tensión entre dos aproximaciones divergentes sobre qué es ser feminista en la región en estos tiempos y en qué consiste el qué hacer feminista. Lentamente, en esta década y a la luz de estos debates, emergió el fantasma del stalinista “feministrómetro”, aquel parámetro rígido- y emanado de un poder intangible- que en años anteriores decidía quién era y quién no, feminista. Como se señaló en la introducción de este artículo, estas tensiones comenzaron a emerger en 1993 pero se evidenciaron con más claridad en el proceso de

elaboración del documento-propuesta de las ONGs hacia la Conferencia de Beijing, debatido en Mar del Plata en 1994.

El reto era enorme ¿cómo seguir siendo feministas en las Naciones Unidas? Como lo recuerdan Vargas y Olea ⁸, la propuesta de la Coordinación Regional de ONGs en 1996, fue mantener dos estrategias que acompañarían todo el proceso hacia Beijing por un lado, *"generar un proceso de movilización y reflexión sobre el movimiento de mujeres de la región, que recupere la experiencia y conocimiento acumulados por este movimiento en los últimos 20 años"*; y del otro, *"elaborar propuestas que se expresen en la capacidad de negociación con los gobiernos de la región..."*. En varios países sudamericanos este proceso de estrategias combinadas pareció articularse con relativa fluidez, ahí donde una mayor tradición "movimientista" desencadenó un accionar de debate y consulta amplia. Pero eso no eximió, como señalan Vargas y Olea, el surgimiento de tensiones entre ambas estrategias: esta dinámica, aseguran las autoras, *generó un terreno complejo e incierto porque ambas estrategias podían entrar en competencia en cuanto a énfasis, niveles de prioridad y expectativas, cuando se pretendía que una contuviera a la otra (...)*. Así, aseguran, en el Foro de Mar del Plata prevaleció un "clima movimientista", fue un encuentro feminista antes que un foro de preparación de una Conferencia Mundial (...), *haciendo muy difícil dejar espacio para pensar estratégicamente en lo que debería ser la intervención del movimiento en la conferencia oficial, o para mirar a otras actoras, o para relacionarse - como colectivo - con los espacios gubernamentales. El proceso hacia Beijing era visto hasta ese momento más como **pretexto** que como **texto**.*

Posiblemente uno de los orígenes de estas tensiones podrían rastrearse desde los debates iniciales de los llamados "Grupos Impulsores" o "Grupos Iniciativa", que fueron núcleos de feministas y de integrantes del movimiento de mujeres responsables de llevar a cabo el proceso de consulta y movilización en preparación a la Conferencia. En Chile, de acuerdo a Virginia Guzmán, en el Grupo Iniciativa, conformado por miembros de ONGs de mujeres, se perfilaron dos posiciones: *una que subraya su carácter técnico como un **facilitador** del proceso, y otras que reclaman una vinculación más explícita y política con el resto del movimiento.* (Barrig 1997^a). Sería reiterativo ampliar las observaciones mencionadas en otros textos sobre la creciente tendencia a crear un falso dilema entre el feminismo, como opción de militancia, al "género" como una categoría analítica en los países de América Latina; pero ambos conceptos parecerían sugerir la construcción de recorridos binarios: de un lado el activismo y, del otro, la neutralidad técnica. Este es parte de un debate inicial en la región, pero a la luz del balance realizado por Vargas y Olea (Ob.cit.) respecto del proceso desencadenado por la Conferencia de Beijing se mantiene vigente como preocupación:

(...) cómo, por qué los discursos y propuestas feministas parecerían haberse dado subrayando la condición de "expertas", abonando más a la especialización, la fragmentación de miradas y presencias antes que a una expresión autónoma, como sujeto de interlocución . La "despolitización" de las demandas feministas que parecen producir este tipo de incursiones estaría teniendo efectos en el contenido de las estrategias y los discursos feministas (...)el peligro radica en que un número creciente de feministas va descuidando la dimensión cultural y ética del proyecto fundacional feminista de transformación y que ésta

sea ignorada (y finalmente, silenciada) por las instituciones políticas, culturales y económicas dominantes.

La pregunta- aún sin respuesta- que podría surgir de esta tensión, es si estamos en una confrontación de estrategias nacidas de un mismo tronco y que se reconocen como un colectivo que comparte un proyecto político o si de lo contrario, bajo el amplio cobertor de la diversidad y de este feminismo polifónico, heterogéneo y multifasético, como lo califica Sonia Alvarez, varias terminaron cortando los cordones umbilicales con el movimiento- a estas alturas del partido, casi una entelequia- para seguir un camino dictado por concepciones/opciones políticas individuales de cara a sus propios contextos nacionales. Y si éste fuera el caso ¿se desempolva el “feminímetro”?

En resumen, las estrategias confrontadas en el proceso feminista latinoamericano, una que reelaboraría el feminismo transformándolo en un “paquete técnico” desde el cual influir en el Estado y la cooperación internacional, y otra que apela a la pureza y radicalidad del movimiento primigenio, filtró un segundo *malestar* por las posiciones consideradas deshermanadas e irreconciliables, pese a que en realidad deberían ser engranajes de una misma maquinaria. Para ponerlo en las palabras de la feminista uruguaya Lucy Garrido⁹, a propósito de sus reflexiones post-VII Encuentro Feminista:

“La radicalidad, la rebeldía, no sólo no se oponen a la capacidad de propuesta, sino que son su motor. Para conseguir al menos "algunas" reformas necesitamos planteos radicales y fuerza que nos obligue a avanzar más aún. Justamente porque no queremos "reformitas", porque queremos cambios gigantescos y estos no estarán nunca en la letra de ningún documento oficial. Pero si desdeñamos esas "algunas" reformas - como el acceso a los créditos, que podamos tener la tierra a nuestro nombre, que se tenga en cuenta la perspectiva de género en las políticas públicas, que haya agua en tal o cual barrio - y no logramos que la vida de las mujeres vaya mejorando, entonces, un día miraremos hacia atrás y estaremos solas. Muy autónomas y muy radicales, pero muy solas”.

La necesidad de una más equilibrada síntesis y de una “masa crítica” de feministas fue también una carencia subrayada desde una dependencia oficial en el curso de una investigación en Chile (Barrig 1997^a): el SERNAM aprecia la colaboración de las ONGs de mujeres se aseguró, pues *para nosotras* (el SERNAM), *la relación con el movimiento ha sido clave, el marco ideológico del feminismo nos ha permitido identificar temas para la implementación de políticas y gracias a la experiencia académica de las consultoras podemos sustentar mejor nuestras propuestas.* Pero, subrayó una de sus funcionarias: *también necesitamos una masa crítica autónoma de mujeres sino, todo lo que estamos haciendo, se cae* (énfasis propio).

Aunque subrayando los matices en los países de la región, desde hace más de una década el debate en América Latina sobre las utopías sociales- de alguna manera hay que llamarlo- discurre sobre el cauce cómodo de la búsqueda de lo posible, generalmente cambios procedimentales en las normas estatales, en cuyo sedimento es posible encontrar un cierto desencanto ante la vigencia de las “masas críticas” como motor del cambio. Como lo han

sugerido ya varias investigaciones, la permeabilidad de las instancias político-burocráticas de los estados latinoamericanos a los aspectos menos controversiales del discurso feminista generó el espejismo del Estado como una colina conquistada o conquistable, debilitando la alimentación del movimiento social, del esfuerzo por ampliar la difusión del mensaje, como un mecanismo de fiscalización y de participación democráticas desde las mujeres. Y esto último escapa de los estrechos márgenes de análisis respecto de las diferencias entre las "feministas y las tecnócratas" y nos coloca, nuevamente, ante temas generalmente soslayados en los debates feministas y que pasan por definiciones y ubicaciones de cara al movimiento social y a los sistemas políticos.

EL ESTADO: EXPECTATIVAS Y FRUSTRACIONES

Dos décadas atrás, los politólogos analizaron los cambios políticos en Europa Occidental desde un nuevo tipo de movimientos "alternativos", que cuestionaban los estilos convencionales de expresión ciudadana y resaltaban un espectro de conflictos sociales relacionados con temas no estrictamente políticos: el aborto, la ecología, la lucha antinuclear, y con particulares intereses: étnicos, de género, de afirmaciones culturales o generacionales. De alguna manera, los contenidos que animaban la acción habían formado parte de los "archivos" de la vida social, del campo de los valores morales, de los espacios domésticos, e irrumpían con la presencia de cientos de personas tratando de impactar en la opinión pública.

El campo de acción de estos nuevos movimientos fue un espacio de *política no institucional*, que inicialmente se asumió como un territorio defensivo frente a los partidos políticos, ya que sus intereses podían desmovilizar y desorganizar el movimiento. El grupo de actores se aglutinaba a partir de un sólo tema, dejando espacio para una amplia diversidad de legitimaciones y creencias entre sus miembros, pero enfatizando sus principios como no negociables, como asegura Claus Offe¹⁰. En la práctica, se estaría ante movimientos contra-culturales que no pretendían fundar una esfera política distinta.

Con esos referentes apretadamente resumidos es posible rastrear el camino analítico que el "movimientismo" siguió en algunos países de América Latina donde a menudo se confundió la protesta social con el movimiento social. Algunos de los rasgos de los NMS en sociedades de capitalismo avanzado fueron ubicados en la región por los estudiosos de la realidad latinoamericana, entre ellos, el de la autonomía frente al Estado. A inicios de la década pasada, en numerosos países de la región se vivía un proceso de transición hacia la democracia después de la desgarradora experiencia de dictaduras militares, frente a las cuales la autonomía de los grupos sociales ante el Estado había sido casi una condición para su subsistencia.

Mientras en Europa Occidental los Nuevos Movimientos Sociales estaban integrados fundamentalmente por intelectuales y gente de la pequeña burguesía, en América Latina los actores solían ser parte de la extensa población de escasos recursos, que continuaban pugnando por el reconocimiento de sus derechos básicos y por una equidad en la redistribución; los "nuevos" actores no lo eran tanto.

No solamente los actores eran diferentes en el Sur sino también los temas: la recurrencia en la región de las protestas urbanas, por ejemplo, no hacía más que evidenciar los irresueltos

problemas en la esfera del consumo aunque tendieran a aparecer cada vez más desgajados del sistema político y del régimen económico globales. Así, las demandas derivadas de una inequitativa redistribución de equipamiento urbano eran sectorializadas, galvanizaban a un conjunto de ciudadanos para presionar por soluciones y, dependiendo de la capacidad técnica y la voluntad política se solucionaban desde una dependencia pública, también sectorialmente

En Latinoamérica, los críticos al "movimientismo" habían señalado ya las dificultades para crear un nuevo orden fundante de la política a partir de la movilización por intereses particulares, que encapsulaban la especificidad del grupo como una forma de salvaguardar su identidad. La coyunturalidad de esas luchas, la labilidad del grupo frente a la cooptación gubernamental y, sobre todo, la tensión entre la base asambleísta y la acción directa frente a la centralización de las decisiones y la delegación de representaciones fueron algunas de las grietas previstas en estos NMS en América Latina.¹¹

El feminismo latinoamericano fue quizá el único movimiento que compartió con sus semejantes europeos más rasgos comunes que otras organizaciones de la región: por la composición de sus miembros, por las banderas levantadas y por su constante reformulación del concepto de autonomía. Si el feminismo y las feministas fueron una vanguardia, era en ese espacio donde se dibujaban las prioridades, con una prerrogativa de universalismo que sólo tiempo después develaría sus límites. Con el énfasis en la identidad y en la sexualidad en un primer momento, y con la vida cotidiana bajo reflectores, las relaciones de poder entre hombres y mujeres se iluminaron bajo el parámetro de relaciones interpersonales, generalmente obviando el análisis de la institucionalización del poder, de las formas como las relaciones sociales de género se engarzaban y articulaban con múltiples otras formas de dominación.

Esta aproximación a las relaciones de género, de una manera parcial y quizá sesgada por la emotividad de sus protagonistas, dejó al feminismo latinoamericano sin una línea de análisis consistente y permanente sobre el vínculo entre la situación de las mujeres y la naturaleza de esas otras formas de dominación, y sobre el carácter del Estado. Y a fines de los 70's y durante la década pasada, esta carencia, enganchó muy fluidamente con la estrategia de construcción del movimiento, actuando como un grupo de interés que no reconocía la posibilidad de delegación de representaciones, encapsulado en una autonomía defensiva y, por tanto, al margen de otros espacios de debate y de articulación/ agregación de intereses. Si el feminismo unió, las discusiones sobre el sistema político, la democracia y las inclinaciones partidarias, en los procesos de transición democrática y de modernización del Estado, podían dividir. La discusión puso también entre paréntesis un aspecto central en los contextos nacionales de la región en los 90's: la economía política¹². Algunos de los éxitos en las respuestas estatales a las demandas sectoriales de las mujeres alimentaron en estos años la ilusión de un cambio, accionando estrategias que realizaron un "salto de garrocha" sobre estos debates silenciados.

Hipotetizamos que esta discusión no procesada localmente, por los riesgos de ruptura que podía entrañar, se encuentra en la base de no pocas perplejidades y desconciertos cuando se sigue el recorrido del comportamiento de los feminismos latinoamericanos frente a las maquinarias estatales levantadas para atender los asuntos de la mujer o a otras instancias burocráticas. Un cierto pragmatismo espontáneo predomina en las respuestas y no aparece con nitidez el lugar desde donde las feministas influyen, concertan o colaboran con sus

gobiernos nacionales. Por un lado, la presión desde “plataformas” que contienen demandas sectoriales (salud, educación, formación profesional, etc.) parecería haber desdibujado la construcción de una “agenda” feminista¹³, y de otra parte, la formulación de esta misma agenda está neutralizada por el escaso margen asignado a debates políticos más amplios.

Feministas bolivianas de algunas ONGs se sintieron convocadas por el impulso modernizador del presidente Gonzalo Sánchez de Losada (1994-1997) y trabajaron bajo su administración, e incluso una feminista independiente de la coalición de los partidos en gobierno ocupó el primer mandato de la Sub-Secretaría de Género, al igual que otra profesional de una ONG de mujeres, también independiente del partido Liberal en Colombia fue la encargada de la Dirección Nacional de Equidad de las Mujeres creada por la administración Samper en 1996. El CONAMU (Consejo Nacional de la Mujer) del Ecuador fundado en 1997 incorporó en su Consejo Directivo a tres “representantes” del movimiento de mujeres elegidas en sus bases, al igual que el ISDEMU (Instituto Salvadoreño de Desarrollo de la Mujer), que invitó también a dos representantes de los grupos de mujeres a participar como miembros plenos en su Junta Directiva. En Chile, en función de los acuerdos partidarios de la Concertación, una socialista- generalmente feminista- ocupa la subdirección del SERNAM y en el Perú, el Consejo Consultivo del Ministerio de Promoción de la Mujer y Desarrollo Humano (PROMUDEH) está integrado por algunas feministas y representantes de agencias internacionales. Así, aparentemente sin mediar un tránsito entre la identidad del colectivo feminista y sus apuestas “contra-culturales” y el rechazo a los partidos políticos (que manipulan) se llegó al Estado (que coopta)¹⁴, en un proceso insuficiente de debate.¹⁵ Este recuento es simplemente una descripción y está lejos de ser crítico, se trata más bien de sugerir pistas para un análisis que, a la luz de las particularidades nacionales, desnude las estrategias de las feministas hoy visibles y que podrían ser otra fuente de malestar.

La creación del SERNAM chileno, por ejemplo, es evaluada como un triunfo del movimiento de mujeres (*que se le cuida como a un hijo*, a decir de algunas feministas). En el período inmediatamente anterior a la transición, las feministas chilenas habían logrado una sólida coordinación- en la Concertación de Mujeres por la Democracia- desde el cual negociaron con los partidos políticos de oposición, una “agenda de compromiso para las mujeres chilenas” y la creación de un espacio institucional que atendiera sus demandas de igualdad de oportunidades. Al respecto, como asegura Adriana Muñoz, en ese momento y en la búsqueda de consensos de carácter nacional:

(...) temas y materias que provocaban controversias y desacuerdos fueron dejados fuera de la Agenda, como es el caso de aquellos temas ligados a valores, como divorcio, aborto y derechos reproductivos, entre otros. (Citado por Barrig, 1997^a; énfasis propio)

Varias de las mujeres entrevistadas en Chile marcaron la legitimidad de su posición confluyente con este espacio institucional, subrayando la coincidencia de sus posiciones. Una de las feministas aseguró que *estamos dentro de una concepción política similar a la del SERNAM. En lo que se refiere a políticas públicas, hay consenso y acuerdo sobre lo que hoy se puede hacer desde el Estado* (énfasis propio). Y la directora de una ONG de mujeres ratificó que hay una *identificación muy grande con la agenda del SERNAM, porque el SERNAM existe gracias al movimiento de mujeres y su agenda fue “conversada” con el movimiento*. El carácter “pactado” de la transición parecería estar en la base de las

dificultades para elaborar, desde las feministas, una agenda propia a partir de los “valores” dejados de lado en los momentos de negociación con los partidos de la Concertación (y que mantuvo a Chile sin una ley de Divorcio, por ejemplo), al igual que la coincidencia o simpatía política de muchas de ellas con los partidos que integran la alianza gobernante. Se asegura no obstante, que frente al SERNAM, el movimiento de mujeres y *las ONGs particularmente, comienzan a enviar señales de autonomía y de malestar frente a un papel excesivo de consulta técnica y de ejecutores de programas, y muestran su voluntad de recuperar su carácter crítico y propositivo*¹⁶.

Alberto Fujimori, presidente del Perú desde 1990 (gracias a un auto-golpe de Estado que disolvió el Congreso y modificó la Constitución) fue el único presidente varón que se dirigió a los representantes gubernamentales que asistían a la IV Conferencia Internacional de la Mujer en Beijing 1995, y que arrancó aplausos entusiastas, incluso de las feministas peruanas que lo escuchaban, al anunciar que su gobierno impulsaría un amplio programa de planificación familiar bajo el principio del derecho de todas las mujeres a tener acceso al control de la fecundidad, comprometiéndose a derivar hacia las mujeres el 40% de los fondos de los programas de alivio a la pobreza. Al año siguiente, desde Alemania donde se encontraba de visita oficial, el presidente anunció la creación del Ministerio de la Mujer, primera instancia estatal con el rango de ministerio en América Latina.

En el Perú, luego de algunos desconciertos ante el anuncio de la propuesta, algunas feministas estudiaron el formato administrativo del Ministerio (que además de una línea de “gerencia” hacia la mujer, incluye al Instituto Nacional de Deportes, al Instituto de Bienestar Familiar, al Programa de Apoyo al Repoblamiento, PAR, para mejorar las condiciones de retorno de la población desplazada por la violencia política; al Programa Nacional de Apoyo Alimentario- PRONAA, etc.) y ponderaron sus riesgos. Bajo el *slogan* de “El Ministerio que las Mujeres nos Merecemos” en Octubre de 1996 se circuló primero a nivel nacional para recibir opiniones y propuestas y para difundir después, una declaración de principios sobre lo que se esperaba de un organismo como éste y se señalaba, entre otras cosas: mayor nivel de consulta sobre su creación, el compromiso con la igualdad y la equidad de género en el marco de una propuesta de desarrollo sostenible y que *la transformación de las condiciones de subordinación de las mujeres incluye pero no se reduce a políticas y programas de alivio a la pobreza. Tampoco es suficiente desarrollar políticas sociales y programas de este corte sin evaluar los impactos negativos de las políticas macroeconómicas que contribuyen a la profundización de daños, riesgos y desventajas para las mujeres de los sectores más vulnerables y con menos poder.* (Comunicado “El Ministerio que las Mujeres nos Merecemos”, varios medios de comunicación. Lima, Octubre 1996).

Ciertamente, según los dictados del pragmatismo o de la anuencia al régimen, en los años siguientes algunas feministas, desde las ONGs de mujeres o de instituciones privadas, han mantenido diversos tipos de relación y de profundidad distinta con instancias oficiales, conservando en algunos casos – y pese a convenios de cooperación- una demarcación de acciones públicas de denuncia frente a la vulneración de los derechos ciudadanos y en otras, un silencio cómplice. Subsiste el desconcierto: en el marco de un régimen elegido por el voto popular (y hasta hace pocos meses con altos índices de popularidad), fuertemente autoritario y que acumula denuncias por violación a los Derechos Humanos, se aprueba la creación del Ministerio de la Mujer, la Defensoría Especializada de los Derechos de la Mujer (adjunta al Defensor del Pueblo), la Ley de “cuotas (25%) para las

mujeres en las candidaturas a elecciones generales y municipales, etc. Todo un desafío para el análisis del feminismo liberal¹⁷. El Ministerio de la Mujer peruano- con el “cajón de sastre” cuyas funciones incluyen-, recibió en 1997 el 1.3% de los recursos en el Presupuesto General de la República, 60% de los cuales pertenecían al PRONAA, un programa de distribución de alimentos a mujeres, organizadas o no, que desde el Ministerio de la Mujer se ha convertido en uno de los principales instrumentos de adscripción clientelar del régimen¹⁸. Mientras que el Programa de Planificación Familiar del Ministerio de Salud, iniciado en 1996, sólo en un año- 1997- había esterilizado a 110 mil mujeres, principalmente de comunidades campesinas y, según las denuncias acumuladas, sin un “consentimiento informado” de las mujeres operadas, algunas de las cuales han muerto por las precarias condiciones en las que la intervención se realiza¹⁹.

Las feministas salvadoreñas reclamaron en 1996, un lugar en el espacio de toma de decisiones del Instituto de la Mujer de su país (ISDEMU). Con el ánimo de tener presencia en todos los espacios de elaboración de políticas del país, y pese a la intuición de que serían poco atendidas en sus reclamos, dos representantes del “movimiento” fueron elegidas entre dos ONGs de mujeres de San Salvador para incorporarse a la instancia directiva del ISDEMU. Las reuniones fueron escasas y las discusiones, burocratizadas. Las dos feministas de las ONGs solicitaron un informe de avances en el cumplimiento de la Plataforma de Acción Mundial (PAM) a la cual se había comprometido el gobierno. Un día recibieron el informe y pocos días después, luego de leerlo y circularlo entre organizaciones de mujeres, las feministas “representantes” del movimiento de mujeres ante la Junta Directiva lideraron una movilización de 200 mujeres frente al ISDEMU reclamando por los pocos avances y las imprecisiones del informe²⁰.

Condiciones políticas muy concretas marcan los derroteros de las feministas: en Chile priorizaron la transición democrática y su lugar en el proceso; en Bolivia fueron anuentes con la propuesta modernizadora de la administración Sánchez de Losada. En Perú se fragmentaron las posiciones, vencidas por la oposición o la aquiescencia con el régimen; en El Salvador se transita por la cuerda equilibrista entre las calles y la oficina pública. Este recuento de experiencias sólo pretende llamar la atención sobre una comprobación ingenua: cómo diversos contextos políticos nacionales pautan el accionar de las feministas frente al Estado, cómo se deslindan de cara a los colectivos feministas las convicciones que anidan en las decisiones políticas individuales, cuánto la acción de las feministas en el Estado impacta favorablemente o no a otras mujeres, cómo evaluar la presencia de feministas en espacios oficiales de gobiernos deslegitimados sin caer en la dualidad del “pragmatismo Versus la decencia”. Hipotetizamos que estas cuestiones irresueltas engloban otro *malestar* del feminismo latinoamericano de estos años.

Al igual que otros grupos de interés etiquetados como movimientos sociales, el feminismo de los 70's enfatizó aquello que le daba identidad, por colocarlo genéricamente, los temas de las mujeres. Pero pasarían años antes de reconocer que al margen de las miradas sectorializadas de los "temas" de las mujeres, nuestros intereses iban más allá del aumento de la matrícula escolar en las niñas, por ejemplo, y se inscribían en la construcción de una cultura política democrática y de mecanismos institucionales, que garantizaran acceso y equidad en el desarrollo de capacidades de las personas, transparencia y fiscalización en las decisiones de gobierno. Y estas preocupaciones, ciertamente, no son privativas de las feministas pero sí constituyen un umbral mínimo desde el cual debatir y discutir frente al Estado, sus políticas hacia las mujeres.

NOTAS

¹ En los primeros meses de 1997, gracias a una beca de la Oficina Regional del Area Andina de la Fundación Ford, realicé un diagnóstico sobre las Organizaciones No Gubernamentales de Mujeres, el feminismo y sus perspectivas después de la celebración de la IV Conferencia Mundial de la Mujer; el énfasis fue puesto también en el activismo de las organizaciones de mujeres entorno a la salud y los derechos sexuales y reproductivos en Chile y en Colombia. En el transcurso de dos meses, me fue posible entrevistar a más de cien personas en ambos países y recoger un sinnúmero de material escrito. Los informes de ambos estudios (“De Cal y Arena: ONGs y Movimiento de Mujeres en Chile”; Barrig Maruja 1997a y “La Larga Marcha: Movimiento de Mujeres en Colombia”, Barrig Maruja 1997b) se nutrieron de los comentarios de la profesora Sonia E. Alvarez, quien también con una beca de la Fundación Ford realizó en el curso de 1997, una investigación sobre el movimiento de mujeres en América del Sur. El presente artículo recoge de manera parcial las observaciones de esa experiencia, intenta también sintetizar algunas reflexiones surgidas posteriormente y es tributaria de las intensas conversaciones, cara a cara y electrónicas, con Sonia Alvarez. La experiencia de trabajo con ella fue invaluable, así como la amistad y complicidad que mantenemos desde hace varios años. Quisiera agradecer también a la feminista peruana Cecilia Olea por sus comentarios y observaciones sobre las reflexiones contenidas en este artículo.

² Este apretado resumen corresponde a una ponencia de la autora sobre las tendencias del Liderazgo Femenino en América Latina, presentada en el Seminario “Aspectos de Cooperación y Género en América Latina” organizada por ASDI, Agencia Sueca para el Desarrollo, y realizada en Managua en Setiembre de 1994. Una versión editada de dicha ponencia, bajo el título de “Los Nudos del Liderazgo”, fue publicada por la Revista de ISIS Internacional “Mujeres en Acción”, en Marzo de 1995 en Santiago de Chile y reproducida por la Revista “Márgenes. Encuentro y Debate”, Año IX, No. 15 (1996) en Lima.

³ Con el título de “Encuentros, (Des) Encuentros y Búsquedas. El Movimiento Feminista en América Latina”, el Centro Flora Tristán (Perú) tiene en prensa un conjunto de ensayos sobre el feminismo, en una edición a cargo de Cecilia Olea. Sonia E. Alvarez (Universidad de California en Santa Cruz) ha difundido durante 1998, entre otros, sus siguientes ensayos sobre el tema: “Advocating Feminism: The Latin American Feminist NGO “Boom””; “An even Fidel can’t Change That. Trans/National Feminist Advocacy Strategies and Cultural Politics in Latin America”; “Los Feminismos Latinoamericanos se globalizan en los Noventa. Retos para un Nuevo Milenio”.

⁴ “Legado Feminista y ONGs de Mujeres: notas preliminares” de María Luiza Heilborn & Angela Arruda, en Género y Desarrollo Institucional en ONGs IBAM/ Instituto de la Mujer de España, Rio de Janeiro 1995, pgs.: 15-28. En ese volumen, algunos aspectos de la misma problemática se encuentran en “Desarrollo Institucional, Género y ONG: Un Debate Posible”, de Delanie Martins Costa & Gleisi Heisler Neves, pgs.: 61-107. La experiencia brasileña al respecto es abordada por María Aparecida Schumacher & Elizabeth Vargas en “Lugar no Governo: álibi ou conquista” en la revista Estudos Feministas, No. 2 Rio de Janeiro 1993, pgs.: 348-364. Algunos aspectos referidos al feminismo y las ONGs concitó las tempranas preocupaciones de Roxana Carrillo “Centros de Mujeres, Espacios de Mujeres”, en Movimiento Feminista. Balance y Perspectivas, Ediciones de las Mujeres No. 5, ISIS Internacional, Santiago 1986, pgs.:34-40. Sobre el mismo tema ver Maruja Barrig “El Género en las Instituciones: Una Mirada Hacia Adentro” en Sin Morir en el Intento. Experiencias de Planificación de Género en el Desarrollo, Barrig & Wehkamp editoras, NOVIB/ Red Entre Mujeres, Lima 1994, pgs.: 75-101. Una visión crítica sobre movimiento de mujeres, feminismo y ONGs de América Latina, en el marco de la Conferencia de la Mujer de Beijing se encuentra en el ensayo de Sonia Alvarez “Latin American Feminisms 'Go Global': Trends of the 1990s and Challenges for the New Millenium”, Universidad de California en Santa Cruz, 1996.

⁵ “Advocating feminism: The Latin American Feminist NGO “Boom”, Sonia Alvarez, Universidad de California en Santa Cruz, 1998^a.

⁶ Frase tomada del artículo de Sonia Alvarez (1998 b) “An even Fidel can’t change that. Trans/national Feminist Advocacy Strategies and Cultural Politics in Latin America”, Universidad de California en Santa Cruz.

⁷ Los resultados de la reconceptualización de la autonomía, como conquista de las feministas latinoamericanas fueron abordados en el artículo “Autonomía: Todo lo que hacemos en tu nombre” por Maruja Barrig, 1997c. Publicado en Los Procesos de Reforma del Estado a la Luz de la Teoría de Género, Cuaderno del Centro Latinoamericano de Capacitación y Desarrollo de los Gobiernos Locales, IULA/CELCADEL No. 26, Quito, Octubre 1997, pgs. 99-102. Traducido y publicado en inglés bajo el título “Autonomy: Oh what we do in your name”, en State Reform Processes in the Light of Gender Theories, Local Development Review of the Latin American Training and Development of Local Governments, IULA/CELCADEL No. 27, Quito Enero 1998.

⁸ “Los Nudos de la Región”, Virginia Vargas y Cecilia Olea, en Olea Ed.(en prensa, 1998, Ob.cit.).

⁹ “Los Mitos del Paraguas Feminista” de Lucy Garrido es uno de los artículos que integra el volumen de ensayos y testimonios sobre los debates feministas actuales editado por Cecilia Olea (en prensa, 1998, Ob.cit.).

¹⁰ Claus Offe “Partidos Políticos y Nuevos Movimientos Sociales”. Editorial Sistema, Madrid 1992.

¹¹ Una reflexión más amplia sobre este tema se encuentra en Barrig 1997c.

¹² En su ensayo sobre “Multiculturalismo, Antiesencialismo y Democracia Radial. Una genealogía del impasse actual en la teoría feminista”, Nancy Fraser advierte la forma cómo el debate sobre la injusticia del reconocimiento no toma en cuenta las injusticias de distribución, la política social de la redistribución. En Iustitia Interrupta. Reflexiones Críticas desde la posición “postsocialista”, Siglo del Hombre Editores/ Universidad de los Andes, Santafé de Bogotá, 1997. Pgs. 229-250.

¹³ Cecilia Olea, conversación personal.

¹⁴ Idea tomada de Jane Jaquette, en "Conclusion: Women's Political Participation and the Prospects for Democracy", en The Women's Movement in Latin America. Participation and Democracy. Jane S. Jaquette editora, Segunda edición, Westview Press, Colorado, 1994.

¹⁵ El proceso no sólo ha sido insuficiente sino también podría no ser posible dado el predominio de la acción directa sobre la delegación de representaciones como parte de la cultura institucional del movimiento feminista, además de la vedada explicitación de las adscripciones a diversas corrientes políticas dentro de un colectivo feminista. Ver Schumacher y Vargas Ob.cit.; el testimonio de Sonia Montañó, ex vice ministra de género en Bolivia en “El Estado y el Movimiento de Mujeres: retos y posibilidades” publicado por la Coordinación Regional de ONGs de AL y Caribe, Centro Flora Tristán, Lima 1995; y las tensiones originadas por la elección de Olga Amparo Sánchez a la Dirección Nacional de Equidad de las Mujeres creada por la administración Samper, en Maruja Barrig, 1997b.

¹⁶ Teresa Valdés & Marisa Weinstein "Corriendo y Descorriendo Tupidos Velos" en Chile 96.

¹⁷ Debo a Cecilia Olea esta observación.

¹⁸ Alberto Adrianzén Merino “El Gasto Social, el Estado, las Mujeres y la Pobreza” ponencia presentada en la Conferencia Nacional de Desarrollo Social, CONADES III, Lima Agosto 1998. Sobre los insuficientes recursos asignados a las maquinarias estatales dirigidas a la mujer en contraste con las “enormes” expectativas de las organizaciones de mujeres, ver también las opiniones de representantes oficiales de Colombia, Costa Rica y México en “Visiones hacia el Futuro. Estrategias de Implementación de la Plataforma de Acción Mundial en América Latina y el Caribe”, Flora Tristán Ediciones, Lima 1998.

¹⁹ Agradezco esta información a Giulia Tamayo, quien está realizando una investigación en el Perú sobre el programa de Planificación Familiar del actual gobierno con el auspicio de CLADEM-Perú y el Centro Flora Tristán, y el apoyo de la Fundación Ford (Area Andina).

²⁰ Debo esta historia a Morena Herrera, miembro del equipo de conducción de la Asociación de Mujeres por la Dignidad y la Vida (Las Dignas) de El Salvador y ex integrante de la Junta Directiva del ISDEMU.